

Chile, Treinta años (*) Por Horacio Villalobos (**)

Horacio Villalobos fue testigo en Chile del derrocamiento de Salvador Allende. Su obra, se expone del 28 de agosto al 21 de septiembre en el Centro Cultural Recoleta. La muestra fue curada por María Mann.

***Pienso en el umbral donde dejé
pasos alegres que ya no llevo,
y en el umbral veo una llaga
llena de musgo y de silencio.***

Gabriela Mistral



Mi primera foto de 11 de septiembre. Ignorante del caos futuro, me atrapé la coreografía de los Carabineros.

Es una caja de papel fotográfico de color amarillo y fondo negro. Tres décadas de ajetreos y mudanzas la han deteriorado, pero es lo más significativo de mi escueto equipaje que el 20 de junio de este año llevé a Santiago. Se han conservado dentro de ella, y regresaron a Chile, algunos de los originales de transmisión que saqué de contrabando el 24 de septiembre de 1973 desde un aeropuerto repleto de militares hostiles. Pasaron ocho años luego del golpe antes de que volviera a cruzar los Andes. Proyectos personales y profesionales, más la devastadora angustia que me dejaron esos doce días de septiembre, me hicieron reticente. No fui uno de los periodistas que cubrieron después los avatares de la larga dictadura. Tampoco me ocupé mayormente de mis negativos, procesados precariamente y a las apuradas en un laboratorio sin agua corriente, ya que los balazos sediciosos habían dañado las cañerías de la Uniter Press International.

Salieron de Chile dentro del doble fondo de mi valija fotográfica y corrieron la oscura suerte de aquello que duele demasiado volver a ver.

La invitación de un grupo de jóvenes documentalistas de Chilevisión para ser entrevistado con relación a mi cobertura fotográfica del golpe, me obligó a retomar contacto con ese episodio tan lejano como doloroso. Revisé mis archivos y regresé, luego de treinta años, a ese abismo de feroz maldad e injusticia. Mis fotos y yo volvimos a casa.



Aparecieron rugientes por Moneda. Extraños centauros.
Presagio de violencia y muerte.

Julio y yo

*Nada contribuye más a resignificar
una historia que compartir emociones
con los protagonistas.*

Cuando nos conocimos en la madrugada santiaguina, ninguno de los dos sabíamos que cinco horas más tarde estaríamos emocionalmente exhaustos, y unidos por haber repasado juntos una experiencia que nos marcó para siempre. Nos damos la mano en el estacionamiento trasero de La Moneda.

Un joven fotoperiodista y el chofer de Allende, treinta años después.

Julio Soto, 22 años, custodio presidencial, llevó al presidente constitucional chileno en ocho minutos desde Tomas Moro a la Moneda. No mucho más de lo que me tomó a mí -llegado a Santiago la noche anterior- caminar las dos cuadras desde el hotel Panamericano a la puerta principal del palacio por donde Salvador Allende había ingresado casi una hora antes.

Lo que luego nos ocurrió ese día ha sido para ambos una pesada carga que nos acompañará por siempre. No importa cuantas veces hayamos relatado nuestras pequeñas historias; siempre el nudo en la garganta y, con el correr de los años, los ojos cada vez más húmedos han puntuado los recuerdos.

Amanece. El equipo de filmación de Chilevisión instala una cámara sobre el viejo Fiat 125, como el que Allende usaba, con el que Julio recreará el último viaje del Presidente.

Al principio es silencio y frío. Ahí estamos Julio y yo iniciando el rito de revivir lo vivido, rodeados de jóvenes que ni siquiera habían nacido en el 73. Fue la primera

de las mil veces que pensé: "Somos dos dinosaurios."



El fuego ha reemplazado a la razón. Desde mi cuarto de hotel observo a los vencedores y a La Moneda envuelta en humo y llamas.

Treinta años.

Julio, que luego de dos años de tortura y cárcel partió al exilio en Alemania y Suecia, observa una y otra vez la azotea del ministerio de Obras Públicas, donde combatió el 11 de septiembre. Yo clavo la mirada sobre las ventanas de la UPI, frente al Ministerio de Defensa, que fueron mi lugar de trabajo y dormitorio en esos días.

Supongo que nuestros fantasmas comienzan a entreverarse.

"Por allí estaban los tanques". "¿Te acuerdas que el metro estaba en construcción?". "En la UPI recibimos unos 180 balazos. Fíjate que aun conservan sobre la pared -enmarcados- un par de impactos"

Los minutos pasan lentos. María José, la productora, tres años menor que el golpe, nos regala charla, contención y una deliciosa sonrisa mientras Julio se prepara a revivir su viaje y yo a volver por enésima vez a esa jornada infernal.

Treinta años.

Llegamos en el Fiat y en una camioneta a Tomás Moro, actualmente un geriátrico vedado a la prensa. Julio se me acerca y pregunta si por favor le haría una foto frente a la casa.

"Nosotros vivíamos allí" indica, como si su brazo extendido pudiera atravesar la tapia blanca y treinta años de ausencia. "Cuando volví a Chile luego de 17 años, mi hermano me trajo hasta aquí. Pasamos rápido, una sola vez..."

Julio habla con mesura y a veces una cierta sonrisa ilumina su rostro.

Hago varias fotos para romper el hielo que llevo adentro y lo invito a posar frente a la puerta de entrada.

Cinco minutos después Julio Soto se sienta al volante del Fiat y es un hombre que vuelve a transitar por su pasado.

La camioneta se pone en marcha y sigue al Fiat rojo. Vamos detrás de Julio Soto. Vamos detrás de Salvador Allende.

María José me hace preguntas. Amable, discreta. Los otros jóvenes viajan en silencio...

A medio camino el Fiat se detiene. Los técnicos cambian la cámara de lugar y Julio, diferente, mira hacia ningún lado cuando le preguntan qué siente al recorrer

nuevamente este camino. "Es muy triste... No está el Presidente..."
Enmudece y los ojos se humedecen. Los de Julio y los míos. Mientras fotografio otra vez ese rostro triste, me hundo en mis propios recuerdos y emociones.



El patio de la fuente, como mucho del palacio, muestra las huellas del feroz bombardeo.

Treinta años.

Como entonces, el Fiat para frente a la puerta de la calle Moneda.

Allende descendió como a las 7 de la mañana. Yo llegué caminando por Teatinos a eso de las 8. A las 9 y 20 el presidente constitucional chileno se asomó a uno de los balcones sobre la plaza para constatar que las tanquetas de carabineros lo habían abandonado.

(Julio no podía verlo. Ya estaba ocupando la posición defensiva que le habían asignado.)

Yo estaba parado sobre la plaza con Ariel Oneto, camarógrafo de VisNews. Ver al hombre y reconocerlo, correr y gritar a todo pulmón "Alleendee!!!!" fue una sola cosa.

We few. We happy few. We band of brothers...

Eramos un puñado: Ariel y yo, Salvador Allende está cerrando la hoja derecha de la ventana, y algunos jóvenes con el aspecto de estudiantes secundarios.

Allende está cerrando la hoja de la ventana. Nos oye gritar y se vuelve. Los muchachitos, que caminan desde Teatinos a Morandé por la vereda del palacio presidencial, observan curiosos a dos tipos con cámaras que gritan y corren hacia La Moneda. Y miran hacia arriba, intrigados por tanta conmoción. Allende. Los chicos. El Presidente y su pueblo.

Algunos lo aplauden, otros sólo miran. El Chicho saluda con su brazo derecho un par de veces. Alguien cerca mío le dice (se dice): "Deles duro, compañero presidente".

El encuentro para mí es breve: dos fotogramas. Supongo que para ellos fue, sin embargo, la eternidad de la despedida.

Cuarenta minutos más tarde las bocas de fuego silenciaron la razón.



"Deles duro, Compañero Presidente".

Treinta años.

La mañana transcurre lentamente.

Ahí estamos, Julio y yo, a metros de la puerta por donde ingresó el Presidente. A metros de la ventana por donde se asomó el Presidente.

María José nos dice que no podremos visitar los salones del piso superior. Pero podremos recorrer los patios del palacio.

"¿Vamos Julio?" Invito. Y luego de treinta años entramos a la edificación maciza que alguna vez sirvió para acuñar moneda y ahora alberga presidentes y memorias dolorosas.

Dos dinosaurios.

Los escasos visitantes nos ignoran. Los jóvenes y elegantes carabineros nos ignoran. Javier nos filma sin decir palabra. Y nosotros volvemos al pasado.

La Moneda hoy luce recién pintada. Limpia, ordenada. Parece construida ayer. Coincidimos con Julio en que nos hubiera gustado ver algún rastro de aquella violencia. Algo que indicara lo ocurrido a los que no tuvieron que sufrirla o reportarla.

Pasamos al segundo patio y llegando al portal de lo que fue la cancillería nos detenemos. Desde allí Julio, si quisiera, podría ver su puesto de combate. Y yo las ventanas de la UPI.

Permanecemos en silencio. Javier acerca la cámara y pregunta qué sentimos. Julio explica lo suyo y yo añado que hoy como hace treinta años vivo el derrocamiento de Allende como un tremendo acto de injusticia. Ambos estamos agobiados por los recuerdos.



No pude menos que conmovirme. ¿Qué valor militar tenía el jardín de invierno, que ameritara su destrucción?

Treinta años.

Volvemos sobre nuestros pasos lentamente hacia la entrada de Moneda.

"Debiera haber una placa, pequeña," dice de repente Julio Soto, "que diga que aquí murió un presidente. Y que un grupo reducido de ciudadanos (algunos también murieron) lo acompañaron en la defensa de la constitución."

"Sí", respondo mientras apoyo mi mano sobre su hombro. Y debiera comenzar con la leyenda de Termópilas: *"Viajero, ve y dile a Esparta que hemos muerto por cumplir con sus leyes"*

Horacio Villalobos

Santiago de Chile, 22/6/2003

Buenos Aires, 9/7/2003



Aquí fue. El presidente Allende se sentó en el sofá, puso el arma debajo de la barbilla y disparó. Restos de masa encefálica permanecían en el lugar.



La traición de las Carabineros significó detención, desaparición y muerte para varios custodios de Allende. Uno de ellos, Gonzalo Jorquera Leyton, de pantalón claro, pudo ser identificado por Julio Soto 30 años más tarde en esta foto.



a fachada semidestruida y quemada de La Moneda, atrajo un número módico de curiosos.



Desde una de las ventanas del hotel puedo fotografiar detenidos sobre Teatinos. Un carabinero arrastra lo que parece ser un herido o un muerto.



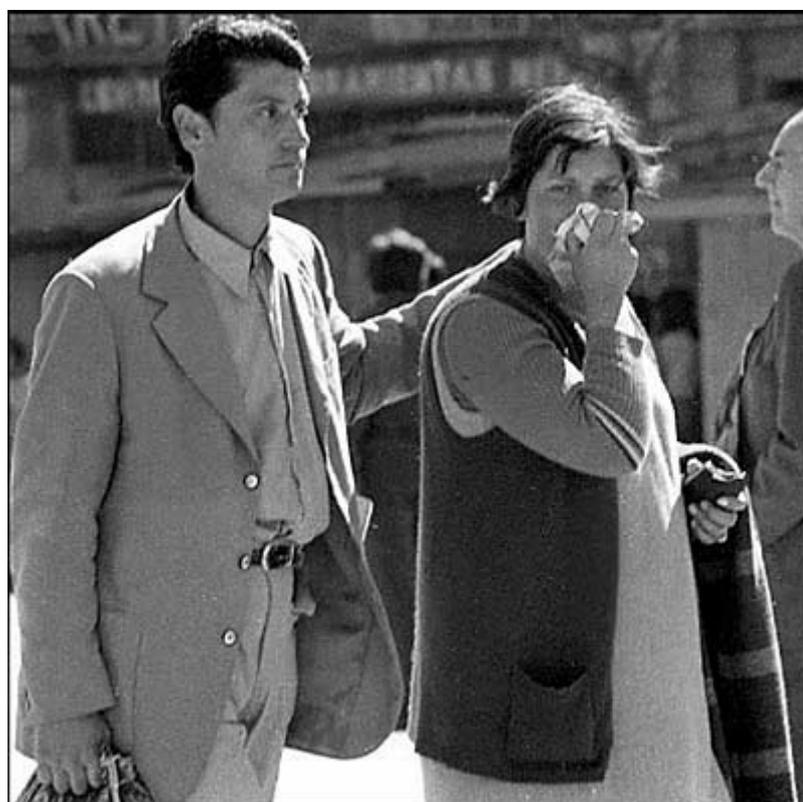
Con algunas radios destruidas y la televisión adicta al nuevo régimen, los santiaguinos agotaron las ediciones de los diarios el 13 de septiembre.



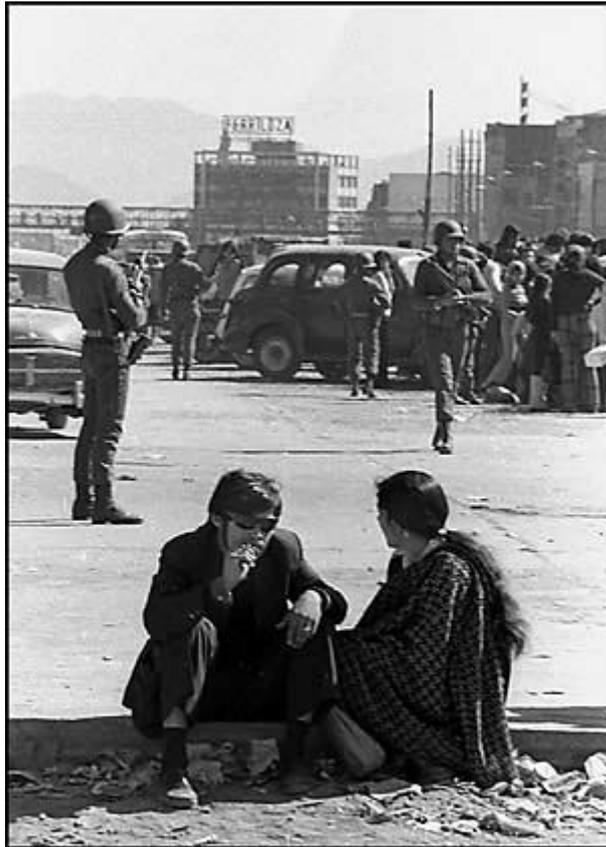
"Hay un muerto allá", me susurró con miedo alguien que se perdió entre la gente. Estaba cubierto por una sábana ensangrentada. Manos de obrero, ropa de obrero. Rostro digno ante la muerte. "Por el momento ganó la muerte", me dije. "Es todos los muertos chilenos", me dije. Esta escena me hizo llorar.



Los niños del 13 de septiembre recibían balas y casquillos frente al palacio presidencial.



Nunca supe si el llanto se debía a que su hombre estaba dentro del estadio o, por el contrario, porque no aparecía.



Fue difícil y doloroso fotografiar en las inmediaciones del estadio Nacional. Adentro reinaban la tortura y la muerte. Afuera, la angustia y la represión.



No faltaron niños entre los fisgones del 13 de septiembre. Sus actitudes variaban entre la curiosidad y la extrañeza.



La población santiaguina -sometida al desabastecimiento por la huelga de camioneros- hacia de la "cola" un hábito.



Toque de Queda. Me impresionaba la desesperación de los civiles por alejarse del centro de Santiago cuando se acercaba la hora del toque.



Los cortejos fúnebres en el cementerio general tenían por esos días una tristeza diferente.



Lo vi venir desde el fondo de la morgue. La mirada perdida y los ojos húmedos. Tomé la foto por entre los barrotes del portón. Treinta segundos después el carabinero me recordó que el próximo muerto podría ser yo.



¿Qué es una dictadura sino silencio y vacío, y órdenes proferidas
hombres de uniforme?



¿Qué es una dictadura sino fanfarria y cascos, y hombres de uniforme
haciendo venias?



¿Qué es una dictadura sino la mirada y presencia cómplice de ex presidentes constitucionales avalando la destitución y muerte de un par elegido democráticamente?



¿Qué es una dictadura sino el dictador, explicando al mundo por qué hizo lo indebido?



¿Qué es una dictadura sino hombres armados, indiferentes ante el dolor de otros hombres?



¿Qué es una dictadura sino un general saludando a un pobre para que las cámaras registren el "rostro humano" de la misma?



¿Qué es una dictadura sino la conservación del estado de miseria para algunos de nuestros semejantes?



Amanece. Julio Soto abre la puerta trasera del Fiat y el pasado entra a borbotones, y nos arrastra sin remedio.



Cuando me paro bajo ese balcón veo de nuevo a Salvador Allende, iluminado por el sol matutino de septiembre, despidiéndose con gesto simple de los jovencitos del 73. Hoy quedo yo solo. Una sombra.

(*) <http://www.fotomundo.com/galeria/argentinas/villalobos.shtml>

(**) *Horacio Villalobos nació en La Plata, Argentina, el 1 de enero de 1946 y, en 1965 empezó a trabajar, como fotógrafo de prensa en El Día, un periódico de La Plata. A partir de 1972 —y durante más de dos décadas y media— colaboró como fotógrafo en las revistas norteamericanas Time, Newsweek y Business Week y para las agencias United Press International y The Associated Press. Ha cubierto acontecimientos en los cinco continentes, desde guerras y revoluciones violentas hasta mundiales de fútbol u olimpiadas. Durante los años 1974 y 1975 cursó estudios de postgrado en Fotoperiodismo en la Universidad de Missouri (EE.UU.), con una beca de la Sociedad Interamericana de Prensa (IAPA), la primera que se concedía a un fotoperiodista latinoamericano.*

En 1976 se incorporó al Diario Popular, un matutino bonaerense de circulación nacional, donde ocupó el cargo de director de Fotografía desde 1982 hasta diciembre del 2003, fecha en la que se trasladó a Francia. Actualmente, es corresponsal del Diario Popular y de la agencia Noticias Argentinas en la Comunidad Europea y, como fotógrafo, para la agencia Corbis. Es consultor de Nikon Inc., conferenciante para la SIP (IAPA) desde 1980, docente en seminarios de la Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas y sesora a diversos periódicos en América

Latina. En los años 2002 y 2003 formó parte del jurado del certamen fotoperiódístico internacional Best of Photojournalism, organizado por la estadounidense National Press Photographers Association, y en 2003 y 2004, en Visa Pour l'Image, en Perpignan (Francia). Ha recibido varios premios internacionales, entre ellos el de la SIP, en 1973.

pte



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:
<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a:
archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

